

LA OPINION

DIARIO LIBERAL - CONSERVADOR

Santa Cruz de Tenerife, Viernes 3 de Marzo de 1899

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
[PAGO ADELANTADO]

En esta Capital, resto de la Provincia y Península española, un mes. 1'50 Ptas.
En Ultramar y Extranjero, un semestre. 12
Número suelto, 10 céntimos
Número atrasado, 15.

Anuncios, comunicados y remitidos a precios convencionales.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Administración de la imprenta del mismo, 1.
Dirijase toda la correspondencia al Administrador de *La Opinión*, en Francisco, 32, imprenta. 2.

Teléfono número 11

EL VALS DEL BESO

Acerca del último *desahogo periodístico*, del Sr. Castelar, contra la política de Unión conservadora, nos hemos ya ocupado desde estas columnas transcribiendo los notables artículos en que *La Época* y el *Diario de Barcelona* ridiculizaban los estemporáneos acontecimientos del orador republicano.

Tampoco tiene desperdicio el trabajo que, con el mismo rubro que va al frente de estas líneas, le dedica nuestro apreciable colega *El Tiempo*, y por eso nos apresuramos á reproducirlo á continuación;

«Desde que empezaron á amenguar las extraordinarias facultades de la Patti, y desde que vió la eminente *diva* que sus *Traviatas* y *Rigoletos* no iban á producir las enormes sumas con que la artista de los tres maridos había enriquecido su peculio, proporcionándose viviendas de princesa, alhajas de millonaria y homenajes de soberana de la escena, concibió, y supo llevarla á la práctica con verdadera habilidad, la idea de seguir explotando la afición de los *dilletanti* con la ejecución constante y repetida ante todos los públicos del mundo, de una sola pieza musical, *il baccio*, vals ligero que se prestaba á sus decadencias de voz, y que le permitía hacer breves y portentosos ejercicios de agilidad, que sin trabajo, y ejecutados ante públicos nuevos y desconocidos, seguían conservándole su primitiva fama y abasteciéndole sin esfuerzos sus siempre repletas arcas.

Con el Marqués de Catux, noble arruinado; con Nicolini, tenor ruinoso, y ahora probablemente con el aristocrático *masseur* que le da su nombre, recorrió, y probablemente recorrerá la gran artista otra vez el Nuevo Mundo, llevando del brazo al consorte escogido para acompañarla en los bastidores; en

el equipaje las valiosas joyas y los lujosos tocados con que se realiza su belleza y un sencillo papel de música que debe de hallarse ya ennegrecido por el uso, en que están escritas las notas y arpeggios del vals-mina que hace tantos años constituye su casi único repertorio.

El Sr. Castelar, como la Patti, cuando ya ha perdido sus facultades oratorias; cuando ya no puede electrizar á las masas, engañadas primero y desengañadas después por su grandilocuente palabra; cuando ya no puede cantar por falta de público, de voz y de aliento sus *Traviatas* republicanas unitarias y sus *Rigoletos* federales, acude á la prensa para entonar constantemente música ligera ante todos los públicos que todavía quieren proporcionarse el gusto de disfrutar de las postrimerías de un artista que tuvo gran cartel, y que aún conserva relativo prestigio para los que no lo conocieran en su esplendor ni pudieran disfrutar de sus buenos tiempos de trinos y gorjeos.

Como la Patti, ha cambiado el Sr. Castelar de compañeros. Del brazo de Salmerón, del de Pi, apoyado indolentemente en algún conservador, ó en los liberales de la Monarquía, ha recorrido todos los escenarios de la política; y recogiendo su repertorio, si ha perdido el gran público, tiene aún, como artista de salón, sus devotos y admiradores.

Cree que ha encontrado su *baccio democrático* combatiendo al partido conservador, y alternándolos ahora con su benevolencia—según él mismo, dañosa para los Reyes,—no se sabe si busca contrata por horas para el resto de sus gloriosos días ó si se limita, como los cómicos viejos, á representar papeles de categoría notoriamente inferior á la suya, auxiliando empresas políticas en quiebra.

De todas maneras, no puede dudarse de que esta tarea revela una triste y deplorable decadencia.»

COSAS DE OTROS

LA CONQUISTA DE FILIPINAS

Aunque la venganza, como la ambrosía, no fuera un manjar de dioses, ya casi desterrado de las naciones desde que las naciones van sustituyendo lo sublime con lo práctico, difícilmente en el combate de Manila podría darse por iniciado el placer de nuestra venganza.

Empieza la protesta viva contra el pueblo invasor é infractor de toda fé y todo derecho; empiezan los Estados Unidos á sentir la deslealtad de los desleales, á quienes deslealmente interesaron en su ambición; pero éllo, habida en cuenta la ferocidad tagala, y la perfidia yankee, era cosa tan lógica y prevista, que nadie tiene derecho á sobrecogerse con una especie de terror divino, para reputar el acontecimiento de castigo providencial á los enemigos de España. Apenas hundida la escuadra de Cavite, muchos pudieron pensar lo mismo que yo á la sazón dije en el primer número de *Vida Nueva*: «Los buques de Dewey son el cazador que acaba de disparar, los indios los perros, los españoles la caza; se ha lanzado la jauría hambrienta sobre el león herido; le muerde, le desgarran... ¡ya veremos si, cuando la llame el cazador, vuelve á sus pies la jauría rabiosa, ó le muerde á su vez, impidiéndole entrar en la floresta, donde celebra festines con los despojos ensangrentados!»

Pues bien; de los bosques en que guardan los prisioneros españoles, salen ya los perros á ladrarle al cazador, no malamente instalado en la ciudad. ¿Significa esto, para que justificarse pueda nuestra pobre alegría, el principio de un exterminio mutuo, donde van á purgar tagalos y americanos sus iniquidades?

La opinión de España, rápida tam-

bién ahora, y probablemente no menos engañada que en todo lo relativo á sus infortunios recientes, ha puesto ya el dilema: O Mac Kinley hace abandonar el Archipiélago, aguantando la carga del mundo, ó emprende una campaña horrorosa.

¡Candidez!

Ni lo uno ni lo otro.

Fal me permite pensar, á lo menos, trayendo á cuenta otra vez el frío calculismo de Norte América,—que también habría previsto la contingencia. Por lo pronto, obsérvese que los perros, al llegar á Manila, encuentran apuntados y amartillada el arma á cuyo fuego mueren los leones. Ya es un dato para asegurar que, con sólo estarse quietos, es decir, á la defensiva, rompen los yankees por la mitad un dilema tan duro como frágil.

Si aquel pueblo fuese igual que el nuestro, impetuoso y aventurero, no cabe duda que se empeñaría ciegamente en la conquista de Filipinas. España no anda con rodeos ni diplomacias: declara la guerra á Marruecos, y se va derecha al asalto de Tetuán; en Carolinas atraviesa la isla con sus tropas, llega al corazón de Mindanao y planta sus banderas en Marahuit; en Luzón destruye una por una las trincheras insurrectas; y su lucha es siempre larga, cruenta, desesperada; la guerra por la guerra, por el arte, por la belleza en el caer y el morir con heroísmo; todo ó nada: de haber vencido á los norteamericanos, á estas horas Nueva York sería español. Pero los Estados Unidos piensan de otro modo, hacen la guerra por la utilidad; y no es cuerdo suponer que una raza que ha sabido arrancar á otra de empuje y tradición histórica todo su colonial imperio sin perder un sólo barco ni apenas un sólo hombre, haya de malgastar ahora unos y otros por el vano placer de recorrer los bosques malos y malos palmos á palmo. ¿Para qué?

Donde puedan llevar su escuadra, es-

desde hace siglos se ha escrito en prosa y verso sobre los tormentos y las penas de la ausencia...

Se comprende sin trabajo que semejante ocupación no debía predisponer á la alegría; así su carácter cambiaba de una manera inquietadora, y su estado continuo de irritación nerviosa y casi de hipocondría reemplazaba á su humor, siempre igual y dulce, que hacía en otro tiempo tan fáciles y agradables sus relaciones. Sus amigos, mal recibidos repetidas veces, sólo hacían raras visitas á la bastida. Jorge, al que la necesidad de sostener una conversación le fastidiaba, se felicitaba y se irritaba á la vez de aquel creciente aislamiento. Por una parte se hallaba feliz de poder absorberse en sus reflexiones amorosas y melancólicas; por otra exclamaba con amargura:

—¡Ah... esos son los amigos!... Si estáis alegre y les prodigáis fiestas y placeres, acuden como moscas; si estáis triste, se alejan de vos como de un apestado...

Una mañana, antes de almorzar, el joven, tendido en un diván de su gabinete, bostezaba y probaba sucesivamente excelentes cigarros, que arrojaba uno tras otro, declarándolos execrables. De pronto oyó llamar á la verja y resonar el galope de un caballo en las losas del patio. Al mismo tiempo un criado entraba en el gabinete preguntando:

—¿Recibe el señor?

—¡No!—respondió Jorge vivamente.—¡No recibo á nadie!... ¡No estoy para nadie! ¡Ya lo oís!

—Perfectamente señor.

El criado salió, Jorge encendió y tiró otro cigarro, murmurando:

—¡Esto es inaudito! ¡Desde por la mañana hasta la noche se ve uno asaltado por importunos!... ¿Qué me harán esas gentes? ¿Voy á buscarlos yo á su casa?

Apenas acababa de formular así su pensamiento, cuan-

—Responded á ella, os lo ruego. ¿Me amáis?

—El que lo dudéis me ofende. Aunque fuese vuestro hijo, no podría ser mayor, más profunda, más inquebrantable, la ternura que os he consagrado. Además, ¿no sois para mí un segundo padre? ¿No os debo la vida? ¿Creéis que pueda olvidarlo?

—No, hijo mío, no lo creo; y al interrogaros esperaba y confiaba oír las palabras que acabáis de pronunciar; pero tenía necesidad de oírlas de vuestra boca antes de desarrollar á vuestros ojos el porvenir que he soñado. Me habéis dicho, Raoul, que me amáis como á un padre; ¿queréis ser mi hijo? ¿Queréis que nuestras existencias queden unidas para siempre como si la misma sangre corriera por nuestras venas? Soy soltero y no pienso casarme. Soy muy rico, y mi fortuna es á veces una fatiga y un embarazo para mí. ¡Vivo solo y triste! De vos depende reemplazar los hijos que no tendré, y á quienes no querría que á vos. En nombre de vuestro padre, que fué mi amigo, Raoul, no rechazéis mi proposición. Mi felicidad está en vuestra mano; abridla y decidme: ¡Sed feliz! ¡Raoul, he tenido horas terribles en mi vida, he sufrido mucho y mis cabellos han encanecido antes de tiempo! ¡No reavivéis todas mis heridas con la amargura de una negativa! ¡Que la piedad se una á la ternura! ¡Decid que jamás os separaréis de mí! ¡Decid que consentís en ser mi hijo.

Labardés calló.

Las últimas frases que hemos reproducido fueron pronunciadas con creciente emoción. El acento de su voz era suplicante; sus manos se tendían hacia Raoul.

Este contestó arrojándose en sus brazos y murmurando, entre lágrimas de enternecimiento, estas palabras tan dulces:

tará su poderío. En las costas. Y por consecuencia, con poco esfuerzo, los que se apoderaron de Manila, mal que bien artillada y defendida por buques de guerra, podrán apoderarse de tantos puertos de todas las islas como deseen fortificarse en ellos, y quedar tranquilos por los siglos de los siglos, mientras sean los indígenas quienes hubieran de asediarlos. Así están los ingleses en Aden, Singapoore y Colombo, que yo haya visto: un fuerte en la altura, una colonia floreciente abajo, y en el fuerte cañones de los que sirven.

Entrar tierra adentro, pelear cuerpo á cuerpo, ir ganando aldeas de nipa y nombrando alcaldes y gobernadorcillos en comisión... ¿Para qué, vuelvo á preguntar?... Eso podría necesitarlo el sistema colonizador de España, cuyo ideal económico consistía en cobrar los ocho millones de pesos por las cédulas de los ocho millones de indios y pagarse los empleados; los yankees, que van allí seguramente con ánimo de explotar las riquezas vírgenes é inmensas de aquel suelo, que son tantas, que no bastaría medio Norte América para explotarlas de una vez, se conformarán con proclamar sobre ellas su derecho ante el resto del mundo, con guardarlas celosamente desde el mar, y con ir desde luego dejando fluir poco á poco, por sus puertos los productos naturales en un comercio activo, á la vez que implantan sus industrias despacio y protegidas convenientemente allí donde sea necesario, en una expansión lenta guiada por el lucro, desde la costa hacia el interior.

Natural es que más hubiese de agradecerle á la grande República la posesión total y efectiva del Archipiélago, como la intentará quizás, hasta que se convenza de que no es empresa para realizada sin mucha abnegación, mucho oro y mucha sangre. Pero si pareciera resistencia encontrasen los americanos, no tardarían en replegarse á las costas y confiar al tiempo y á la habilidad lo que ahora habría de ser la guerra tremebunda, que espera inocentemente España para ver hundirse, sin duda, bajo el último desengaño, la bien triste y última de sus ilusiones, con respecto á los Estados Unidos.

Hoy tienen los tagalos algunas armas y municiones. La marina norteamericana sabrá impedir que ningún buque vuelva á proporcionárselas y el tiempo se encargará de hacerles gastar la pólvora en el ocio de la caza por los bosques y de oxidarles los Maüsser y Remington. Dentro de diez años, todos

los filipinos que no se hubieran rendido al invasor no serían más que igorrotos armados con lanzas de camagón; y entonces podrán empezar á matarlos como á los monos, también en cacerías de hombres, los yankees, igual que con sus negros de California.

FELIPE TRIGO.

Servicio telegráfico

(DE NUESTRA AGENCIA)

Madrid 2—10'30 n.

Bastante variable se ha presentado hoy la cotización de nuestros valores en las operaciones de la Bolsa.

El 4 por 100 Interior subió 20 céntimos; los Billetes hipotecarios de Cuba de 1886 subieron también 1 entero con 10 céntimos; los de 1890, 90 céntimos y las Obligaciones de Aduanas experimentaron asimismo un alza de 60 céntimos.

El 4 por 100 Exterior y el Amortizable bajaron 15 céntimos y 1 entero, respectivamente.

Las Acciones del Banco de España permanecieron inalterables.

Bajaron 3 céntimos los cambios sobre Londres y los efectuados sobre París bajaron también 15 céntimos.

Madrid 2—10'45 n.

S. M. la Reina ha terminado ya las consultas políticas.

Mientras algunos de los personajes consultados, y entre ellos los presidentes de ambas Cámaras, aconsejaron á la Regente la continuación del Sr. Sagasta al frente del Gobierno, otros le han dicho que la única solución que hoy se impone para regenerar al país, es la subida de los conservadores al poder.

Un caracterizado ministerial ha dicho que en el caso de que la Corona

siga dispensando su confianza al señor Sagasta, este ha de tropezar con grandes dificultades para la formación de un nuevo Gabinete.

Los ministros de la Guerra y de Hacienda, Sres. general Correa y López Puigcerver, no volverán á entrar en el Gobierno.

Mañana, á la una de la tarde, determinará S. M. la solución que deba darse á la crisis.

Hay mucha impaciencia por conocer aquella.

Madrid 2—11 n.

Hoy ha firmado la Regente el R. D. para sacar á subasta el servicio de correos entre esas islas.

El Supremo de Guerra y Marina sigue activando la tramitación de la causa por la rendición de Santiago de Cuba.

Decretada por aquel alto Tribunal la prisión del general Toral, que fué el que firmó dicha capitulación, hoy á ingresado en las prisiones militares.

Esto se comenta muchísimo.

Habláse en los círculos militares de que es muy posible que en breve se pongan presos á otros jefes del ejército de los que mandaron fuerzas en Santiago.

Puedo asegurar que todo lo que circula sobre solución de la crisis, son verdaderas fantasías.

Es muy difícil adelantar nada.

Madrid 2—11'10 n.

BOLSA

Deuda perpetua 4 por 100 interior, á 59'65.

Id. id. exterior, á 69'60.

Id. amortizable á 70'50.

Billetes hipotecarios de Cuba, (1886), á 60'00.

Billetes hipotecarios de Cuba, (1890), á 51'80.

Oblig. del Tesoro 5 por 100 con garantía renta Aduanas, á 91'70.

Acciones del Banco de España á 400'00.

CAMBIOS

Londres, vista, á 32'43 por £.

París, vista, á 28'55 por 100 P.

Tomaseti.

(Queda prohibida, conforme á la Ley, la reproducción de los telegramas que anteceden).

Una silba célebre

Acaban de completarse las Memorias de Sir Roberto Peel, que proyectan bastante luz sobre algunos episodios, hoy olvidados, del reinado de la actual soberana de Inglaterra.

Por muy extraño que hoy parezca, la reina Victoria, durante los primeros años de su reinado, estuvo muy lejos de ser popular. Su juventud y belleza hicieronla amar en un principio. Las circunstancias, y á veces su voluntad imperiosa, la enagenaron simpatías. Sólo la defendían los liberales y los Irlandeses. Los lores la vilipendiaban, y los revolucionarios la defendían.

En plena Cámara de los Comunes, un diputado conservador la llama «reina de una facción», y es frenéticamente aplaudido. Otras acusaciones fueron proferidas públicamente. El ministerio vióse obligado á prevenir á varios oficiales y altos funcionarios que sus dichos contra la soberana serían considerados como actos de traición. Por último, en Junio de 1839, la reina es ultrajosamente silbada por la aristocracia en el campo de carreras de Arcot. Ella acusa á la duquesa de Montrose y á lady Sarab Ingestre, de haber organizado la manifestación. La duquesa acude al palacio, y es despedida sin recibir audiencia, después de dos horas de espera humillante. Las demostraciones de cólera se repitieron en la población.

En medio de este período turbulento entra en escena Sir Roberto Peel, recomendado por Wellington para encargarse del gobierno.

La reina lo acoge con estas palabras, más que glaciales:

—Los ministros caídos tenían toda mi confianza; sin embargo espero de usted que constituya una nueva administración.

—Veré de hacerlo, señora, contesta

—¡Padre mío!

El sueño de Marcelo se realizaba; iba á servir realmente de padre á aquel niño, al que había dejado huérfano.

Al día siguiente Labardés y Raoul de Simeuse abandonaron el establecimiento de aguas termales.

En primer lugar se dirigieron á Poitou. Marcelo quería ocuparse por sí mismo del arreglo de la sucesión y poner al abrigo de toda dilapidación extraña la modesta herencia del hijo del comandante. Arreglados estos asuntos, Labardés empezó con Raoul una serie de viajes que duraron algunos años; visitaron sucesivamente las principales naciones de Europa, pasando algunos meses en cada una de las grandes capitales. Estos viajes formaron el complemento de la educación de Raoul, haciendo de él un perfecto hombre de mundo, en la más amplia acepción de la palabra. Terminadas estas peregrinaciones, Marcelo volvió á la Provenza con su hijo adoptivo y en la quinta de Labardés le rodeó de todo el lujo y de todos esos goces que son tan queridos de los jóvenes y que él por su edad ya no necesitaba.

Raoul tuvo caballos, elegantes carruajes, perros de las más puras razas, fusiles ingleses y un pequeño yacht, con tres hombres de tripulación, para sus paseos por mar. Recibía, además, mensualmente para sus gastos particulares una cantidad tan considerable que jamás llegaba á gastarla. Cierta era que el huérfano, modelo de razón, prudencia y orden, miraba con supremo disgusto los pretendidos placeres de una vida disoluta y todas las consecuencias que con ellos arrastran.

IV

Ahora que hemos referido á nuestros lectores lo que les importaba conocer relativamente á las modificaciones sobrevenidas en la existencia de Marcelo de Labardés, desde que nos separamos de él en 1830, continuaremos lo que un autor dramático llamaría la exposición de la segunda parte de nuestra obra.

Nos ocuparemos á la vez de Jorge Herbert y de los habitantes del castillo de Presles, porque sería imposible hablar del uno sin hablar al mismo tiempo de los otros. Jorge Herbert, como sabemos, estaba perdidamente enamorado de la señorita de Presles.

El lector recordará que había ido á Argel á hacer una visita á Marcelo, porque la ausencia de su bien amada le hacía odiosa su permanencia en la Provenza. No habrá olvidado tampoco que después de un mes pasado en el fuerte de las cercanías de Argel, se había apoderado de él la nostalgia, y que había regresado á su país en el primer buque francés que hizo rumbo á Tolón.

Al poner el pie en la Provenza, las cosas se hallaban en el mismo estado que el día de su partida. La familia del general, conde de Presles, no había regresado á su castillo, ni sabían cuándo regresaría.

Jorge se armó de valor y resignación, y todos los días, á fin de engañar su impaciencia, tomó por objeto de su paseo á caballo una eminencia desde donde su vista podía contemplar en lontananza los altos bosques, los techos puntiagudos y los grises muros del castillo de Presles. Cuando volvía á su casa, el pobre joven se fastidiaba horriblemente y pasaba el tiempo en parafrasear todo lo que

